

Los cómplices del silencio

Leonardo Calvo Cárdenas
 Historiador y politólogo
 Vicepresidente del Partido Arco Progresista
 La Habana, Cuba

En los últimos tiempos las autoridades cubanas y sus voceros oficiales vienen expresando creciente preocupación por las palpables fracturas y carencias que se manifiestan en el ámbito de los espacios y las representaciones que disfrutaban los negros y mestizos en la sociedad cubana actual.

En esa cuerda de inquietudes reflatadas se mueve el artículo publicado en la edición del viernes 11 de julio de 2008 del diario *Juventud Rebelde*, bajo el título de «Romper el silencio» y crédito de la periodista y escritora Gisela Arandia, experimentada promotora cultural y líder de «Color Cubano». Este proyecto surgió hace una década, bajo la égida de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), y tiene el cometido de impulsar la adecuada representación y participación de tan importante segmento de la población en los espacios sociales y culturales.

La autora hace referencia a los orígenes y manifestaciones históricas de los silencios y tabúes que intereses hegemónicos y excluyentes han impuesto al tratamiento de la problemática racial, como parte de la compleja urdimbre de interrelaciones que han caracterizado el proceso de formación de la nacionalidad cubana.

El colonialismo, los tradicionales intereses clasistas y discriminatorios, así como el exilio radical, mayoritariamente asentado en el sur de la Florida, según la autora, cargan

las culpas por ese silencio impuesto, que ha pretendido excluir a los afrodescendientes cubanos de los patrones y referencias destinados a conformar el imaginario nacional de la mayor de las Antillas.

La señora Arandia se deshace en una saga de disquisiciones, galimatías, omisiones y medias aseveraciones que trastocan desde la realidad misma hasta los tiempos históricos, cuando asevera que «La Revolución Cubana con su carácter emancipador no puede arrastrar ese mito de ocultamiento temático».

La autora debe aclarar si la frase encierra la crítica a un hecho consumado, o una recomendación —con medio siglo de retraso— a un proceso político presto a iniciar su andar histórico.

La señora Arandia olvida que el alto liderazgo de la revolución interminable, como parte de esa elite hegemónica que supo utilizar en favor de sus intereses particulares las pospuestas esperanzas del pueblo cubano y, sobre todo, las bondades del discurso mesiánico-radical, no concedió ni una sola letra al problema racial en *La historia me absolverá*, el alegato de autodefensa de Fidel Castro en el juicio del Moncada (1953) que constituyó su debut en el ámbito de las alternativas políticas.

Tal omisión significó un rentable guiño a esos sectores tradicionalmente poderosos y racistas, cuyo apoyo tácito o concreto sería determinante en la consecución de sus objetivos políticos. Tal omisión, que contrasta con

las permanentes referencias que después de 1959 se hacen a la exclusión racial de la etapa prerrevolucionaria, marcó el antecedente inmediato de la manipulación paternalista que exige a los negros y mestizos fidelidad infinita al poder instituido en nombre de esa supuesta emancipación, que redundó en la eliminación de casi todos los espacios de asociación civil, así como de los mecanismos de expresión y debate sobre un tema de capital trascendencia para el todavía pendiente completamiento de la nación cubana.

De alguna manera la autora admite que el silencio sobre el problema racial persiste e incluso lo señala como un peligro para ese poder absoluto, incontestable y divorciado de la realidad que, seguramente, por una motivación muy personal, persiste en seguir llamando revolución y al que no reconoce responsabilidad en la inexistencia del necesario debate abierto, plural, permanente que, sin condicionamientos, debe contribuir a la modernización de las referencias y a desterrar esos tabúes y exclusiones que todavía impiden que se concrete en la práctica el equilibrio social tan largamente anhelado.

La señora Arandía vuelve a caer, esperamos que de manera inocente, en la acomodaticia trampa del autoengaño, que traslada al adversario la responsabilidad por los problemas y carencias propios: «Para nuestros enemigos de siempre, el tema ha sido incluido en la agenda contrarrevolucionaria justamente a partir del silencio». Ante tan original aseveración es pertinente aclarar que, para los que nos acercamos al tema desde una perspectiva crítica e independiente ese silencio —máxima responsabilidad de los que por cinco décadas controlan de manera meticulosa todos los espacios y medios de expresión y participación social e intelectual—, no pasa de ser un matiz consustancial a los presupuestos estructurales del sistema. Lo que real-

mente nos conmueve es ver cómo, después de tantos años de discurso emancipatorio e igualitarista los negros cubanos, sigamos siendo víctimas del diseño decimonónico que nos coloca en la primera línea de acción a la hora de la guerra y el trabajo, pero que nos margina si se trata de la construcción política, institucional o económica.

Cuando la autora asegura que «sería ridículo sentir rubor por un conflicto histórico, pero sobre todo porque estamos silenciando también los logros, que han sido muchos», acaso estará pensando que constituyen logros dignos de ser publicitados suprimir por medio siglo el debate sobre la cuestión racial, disolver cientos de asociaciones culturales, fraternales y recreativas, exhibir la mayoritaria presencia de negros y mestizos en la numerosa población penal del país, así como el empeoramiento de la situación material de los afrodescendientes cubanos como consecuencia de la impuesta dolarización de la sociedad; la muy limitada presencia de trabajadores y especialistas negros en las más prometedoras zonas de la maltrecha



Barrio popular habanero

economía cubana; la extendida represión policial selectiva que ensombrece nuestras calles o la tantas veces cuestionada ausencia de la imagen de este importante segmento poblacional en los espacios dramáticos del cine, la televisión y el teatro.

Cual si se tratara de una observadora lejana, o como si ya no cargáramos el pesado lastre de medio siglo de silencio impuesto desde el poder, la señora Arandia afirma sin sonrojo: «Se trata de un asunto complejo que no puede mantenerse invisible creyendo ingenuamente que aquello que no se menciona no existe. El silencio cancela la oportunidad de encontrar soluciones pertinentes». La autora olvida a conveniencia que ese silencio tan nocivo para el presente y futuro de nuestra compleja convivencia es alimentado por actitudes como la suya propia. Después de diez años de asumir la responsabilidad de enfrentar pública e institucionalmente el problema, Gisela Arandia sólo ha estructurado un cenáculo cerrado y elitista de ocultas diletancias.

«Color Cubano» ha sido una plataforma de proyección exterior, que sólo ha servido para que sus animadores posean de liberales ante algunos colegas foráneos —víctimas de cierto trasnochado romanticismo que les impide reconocer lo evidente— y de paso darse algunos refrescantes saltos por ese norte «revuelto y brutal» que tanto odian, porque a los impolutos ángeles postmodernos les encanta visitar el infierno.

Es preciso que personas como la señora Arandia se decidan a anteponer su sensibilidad y convicción responsable a los intereses personales y esquemas discursivos para asumir que el problema racial, como todos los fenómenos de impacto y trascendencia social, entre los que destacan la salud pública, la educación, los valores humanos y los derechos fundamentales, si no se someten a permanente cuestionamiento, libre de tutelaje y

manipulación, se convierten sin remedio en crisis y estallido al son de los ditirambos autocomplacientes.

Ese debate abierto, permanente y plural, debe cuestionar por qué después de enfrentar con éxito el reto de la instauración institucional de los derechos y el acceso a la preparación profesional no hemos logrado activar mecanismos destinados a evitar que personas con poder excluyan a los negros y mestizos de los espacios que por derecho y capacidad les corresponden.

En lugar de referirse a logros que ni siquiera su rica imaginación puede relacionar, la autora debe preguntarse por qué desde el poder no se activan fórmulas para concretar en los espacios laborales, institucionales, empresariales y mediáticos el equilibrio demográfico y el creciente mestizaje que caracterizan a la sociedad cubana.

La pesada carga de la impuesta marginalidad, junto a innegables lagunas culturales que arrastramos después de tanto tiempo de colonialismo y exclusión; la insensible indolencia de las élites, muchas veces incapaces de esconder su intolerancia racista y hasta el momento incapaces de llevar la igualdad e integración del discurso a la realidad; nos imponen el desafío de enfrentar con firme determinación el compromiso de colocar al ciudadano y a las comunidades en el centro de ese debate, que debe extenderse del ámbito intelectual a esos espacios cívicos que es necesario rescatar sin demora. Sólo cuando los comprometidos oficiales, como la señora Arandia, se decidan a asumir de manera pública y consecuente la responsabilidad de socializar el debate, estaremos en el camino de abrir los largamente ansiados espacios de igualdad social y, sobre todo, de comenzar desde abajo a romper ese silencio que tanto nos duele.